

La JMJ Madrid 2011 ha sabido mezclar en una fórmula magistral, estos tres ingredientes: la “verdad” como búsqueda, la alegría y el sentido de familia

ZENIT.org

La JMJ Madrid 2011 ha sabido mezclar en una fórmula magistral, estos tres ingredientes: la “verdad” como búsqueda, la alegría y el sentido de familia. El resultado ha sido óptimo

Esta *Jornada Mundial de la Juventud* que acaba de concluir — y que mira ya a la que se celebrará en 2013 en Río de Janeiro—, ha tenido como protagonista una simple palabra, que ha dividido a los espíritus durante siglos: “verdad”. En todos los discursos de **Benedicto XVI**, de una u otra forma, ha sido citada. Recuérdese que, precisamente es el menosprecio de la verdad quien llevó a Cristo a la cruz, esa cruz que portaron los jóvenes en el Vía Crucis celebrado en la madrileña calle de la Castellana. Ante el requerimiento de **Pilatos**: “¿Qué es la verdad?”, Benedicto XVI recuerda en su *Jesús de Nazaret* que no ha sido el procurador romano «el único que ha dejado al margen esta cuestión como insoluble y, para sus propósitos, impracticable. También hoy se considera molesta, tanto en la contienda política como en la discusión sobre la formación del derecho».

En la JMJ que ha concluido hace unos días en Madrid, la expresión de Pilatos en su diálogo con Jesús, no ha sido un punto y aparte, sino un punto y seguido. Es decir, no el fin de la cuestión sino el principio. El tema de fondo que ha sobrevolado el entusiasmo y la alegría de esos centenares de miles de jóvenes, ha sido la búsqueda del concepto de verdad. Inicialmente un tema filosófico, pero que ha terminado por ser un encuentro no con una cosa, sino con Alguien: Cristo. Por ese Alguien el Papa ha pedido, por ejemplo, «sufrir por el amor a la verdad», y sobre la difusión de la verdad como misión de los profesores se ha concentrado Benedicto XVI con la intensidad de un rayo láser. En fin, ha recordado, como buen intelectual, la famosa frase de **Platón**: «Busca la verdad mientras eres joven, pues si no lo haces, luego se te escapará de las manos».

Desde mi punto de vista, una modesta pancarta —que ondeaba en medio de la multitud concentrada en Cibeles— marcó otra de las claves de estas Jornadas. Me refiero a la que, escrita a mano, decía “We are family”. Efectivamente, esos dos millones de jóvenes eran una gran familia multiétnica y multirracial que se reunía en torno a un padre común: Benedicto XVI. De ahí el “ambiente de familia” que se respiraba por Madrid durante esos días.

¿Cómo reaccionó el anciano papa **Ratzinger** ante esta avalancha, que se le ha venido encima en el otoño de su vida? El “panzer-cardenal” (como algunos lo llamaban cuando estaba al frente de la Congregación para la Fe) se ha asemejado mucho más a un sencillo arado que a una máquina de guerra, como diría **Messori**. También en Madrid, en sus discursos, no ha calcinado la tierra como una apisonadora, más bien la ha removido para la siembra. Ha ido dejando caer la semilla de la buena doctrina en una tierra joven. Una multitud de gentes con el sol de cara —cuando ya a muchos el sol nos da por la espalda— que te decía: «No sé si podré estar a la altura de lo que me pide el Papa. Pueda o no hacerlo, él tiene razón: nadie nunca me había hablado así».

En un momento de “insurrección social” de la juventud (Londres, Oslo, la “primavera árabe”, los “indignados”) el Papa ha hecho llamadas continuas a no perder la esperanza, al optimismo, a descubrir la fuerza de Dios en la historia, al sentido del dolor, a detenerse ante el “sufrimiento del mundo”... Ha pedido “radicalidad evangélica” ante el compromiso personal, ha sido exigente sin una frase de adulación y, al tiempo, a derecha e izquierda ha repartido afabilidad y sonrisas. Incluido el momento en que, literalmente, el diluvio cayó sobre él en la inmensa explanada de Cuatro Vientos. Su respuesta ante el incidente: serenidad, buen humor y esta consigna para los centenares de miles de asistentes: «¡Gracias por vuestra resistencia! ¡Vuestra fuerza es mayor que la lluvia!».

La única sombra de esta semana ha sido una anécdota que los *media* —sobre todo los extranjeros— transformaron en un drama. Me refiero a la mini-manifestación de unos centenares de “anti-papas”. No hubiera tenido mayor trascendencia, si no hubiera sido por la lamentable agresión de que fueron objeto algunos chicos

—sobre todo, chicas— peregrinos que coincidieron con los manifestantes. Para cualquier demócrata, fue bochornoso observar como los representantes de unos grupúsculos agonizantes maltrataban de palabra y de obra a unos adolescentes, profiriendo gritos contra su invitado de honor: el líder espiritual de mil millones de católicos. Un líder que encarna «*la primera autoridad moral de la Tierra*», como lo calificó **Gorbachov**, cuando presentó a su mujer **Raisa** a **Juan Pablo II** en Roma. Era penoso contemplar —ya se encargó la *BBC* de amplificarlo, para confusión de los españoles— los gritos, gestos y expresiones de unos energúmenos ante la serenidad pacífica y algo atemorizada de unos casi niños.

Pero nada ni nadie ha podido disminuir lo que ha sido otra coordenada de esta *JMJ*: la alegría de los asistentes. Una alegría ruidosa, pero con raíces profundas. De ahí que Benedicto XVI en la homilía de la Misa de Cuatro Vientos les diera esta misión: «*Comunicad a los demás la alegría de vuestra fe*». Alguien ha calificado a las *Jornadas Mundiales de la Juventud* como “*laboratorios de la fe*”. La *JMJ* Madrid 2011 ha sabido mezclar en una fórmula magistral, estos tres ingredientes: la “*verdad*” como búsqueda, la alegría y el sentido de familia. El resultado ha sido óptimo.

Rafael Navarro-Valls, catedrático de la Facultad de Derecho de la Universidad Complutense de Madrid, y secretario general de la Real Academia de Jurisprudencia y Legislación de España